

Presentación

En 1971 Ánchel Conte escribía en la introducción al libro de poemas de Francho Nagore *Sospiros de l'aire*: “ALTOARAGONÉS AÑO UNO... Güen prencipio dimpueas de siglos de silencio solo rompíu por voces que no sabíon fer de l'aragonés ixo qu'agora prencipia a ser”.

Han pasado cuatro décadas desde aquel momento que podría haber sido el del renacimiento de nuestra lengua, y el panorama está lleno de claroscuros. Se ha avanzado mucho, muchísimo, en el estudio y conocimiento de la lengua, en su reconocimiento social, se han publicado cientos de libros, miles de personas han asistido a las clases que impulsan las asociaciones culturales para aprenderla... pero el aragonés está moribundo.

La falta de reconocimiento oficial, su falta de utilidad social, está llevando a esta lengua al abismo. En 2009 la Unesco advertía de que se había roto la transmisión generacional. Hoy los niños solo pueden estudiarla en una docena de escuelas del Altoaragón y aun en ellas fuera del horario escolar, como si fuera algo ajeno, como si fuera una materia sin importancia.

Las lenguas son el alma de las culturas, estas a su vez son adaptaciones de nuestra especie al medio natural y social. La variabilidad cultural cuyo núcleo se concreta en ellas, que son su vehículo y expresión, asegura una diversidad de soluciones, de paradigmas, a nuestra propia existencia como humanos.

El aragonés es un patrimonio de toda la humanidad que nos toca a nosotros conservar, es la única de las lenguas que hablamos los aragoneses que es privativa de nuestro territorio, y solo de nosotros depende su futuro.

La obra que presentamos trata de mostrar a la sociedad aragonesa la realidad de este importante patrimonio, todavía vivo, desconocido para una buena parte de los aragoneses, es una herramienta para conocer más y mejor esta lengua. A través de sus páginas veremos su brillante pasado, su presencia en la literatura y en la cultura popular, y sobre todo su incierto futuro que, en buena medida, depende de todos nosotros, de si estamos dispuestos a ayudarle o no a que sobreviva.

Como decía Pedro Arnal Caveró, el aragonés “es un tesoro espiritual que perderíamos pronto [si lo tuviésemos] más tiempo en la ignorancia, en el desuso y en el abandono imperdonable”.

Confiamos en que esta obra, fruto de un trabajo coral y plural, del esfuerzo colectivo y desinteresado de varias decenas de personas, y del apoyo de importantes instituciones, contribuya a alcanzar el importante reto que tenemos ante nosotros.

EL EQUIPO DE REDACCIÓN